



## Las consecuencias socioeconómicas directas de la Primera Guerra Carlista

Antonio Caridad Salvador<sup>1</sup>

Recibido: 27 de marzo de 2017 / Aceptado: 27 de octubre de 2017

**Resumen.** En este artículo trato de analizar el impacto que la Primera Guerra Carlista tuvo sobre la población y la economía española. Para ello he dividido las consecuencias en tres partes: pérdidas humanas, el exilio tras la guerra y los daños materiales. De esta forma he observado que la Primera Guerra Carlista, aunque no tuvo consecuencias graves sobre el conjunto de España, sí que las tuvo sobre las zonas que se vieron más afectadas por los combates. En ellas la guerra dejó un rastro de muertos, heridos, carlistas exiliados, mujeres violadas, viviendas destruidas, bosques talados y ganado exterminado, así como un aumento del endeudamiento municipal y estatal, que a su vez tuvo otras repercusiones.

**Palabras clave:** carlismo; guerra; España; demografía; exilio.

### [en] The direct socioeconomic consequences of the First Carlist War

**Abstract.** In this paper I'm trying to analyse the impact that the First Carlist War had on the Spanish population and economy. To do that I have divided the consequences into three parts: human losses, post-war exile and material damage. In this way, I have noticed that the First Carlist War, though didn't have serious consequences on the whole of Spain, it had them on the areas that were more affected by the combats. The war left there a trace of dead and injured people, exiled carlists, raped women, destroyed houses, devastated forests and exterminated livestock, as well as an increase of the municipal and state debt, that had, at the same time, other repercussions.

**Keywords:** carlism; war; Spain; demography; exile.

**Sumario.** Introducción. 1. Las consecuencias socioeconómicas directas de la guerra. 1.1. Las pérdidas humanas. 1.2. El exilio. 1.3. Las consecuencias económicas. 2. Conclusiones.

**Cómo citar:** Caridad Salvador, A. (2017): "Las consecuencias socioeconómicas directas de la Primera Guerra Carlista". *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 40, 149-167.

<sup>1</sup> Universidad de Valencia. Departamento de Historia Moderna y Contemporánea.  
email: antonio.caridad@uv.es

## Introducción

Sobre la Primera Guerra Carlista se ha escrito mucho, tanto sobre sus causas como sobre su desarrollo político y militar. También nos encontramos con numerosas biografías, publicaciones acerca del carlismo, del liberalismo y de las reformas que los vencedores llevaron a cabo durante y tras el conflicto. Sin embargo, respecto a las consecuencias económicas y sociales de la guerra se ha escrito bastante poco. En el caso de otros conflictos de la historia Contemporánea, como la Guerra Civil, la Primera Guerra Mundial y la Segunda Guerra Mundial, hay una amplia información sobre estos asuntos, pero cuando tratamos de la Primera Guerra Carlista no hay prácticamente nada. Estos temas casi no se tocan ni en los libros específicos sobre la contienda, ni en las grandes obras de historia de España, ni en las de los territorios más afectados por el conflicto<sup>2</sup>. Asimismo, del impacto de la guerra apenas se habla en obras especializadas sobre demografía o economía del siglo XIX, lo que resulta especialmente llamativo. Parece como si este conflicto no hubiera dejado ningún rastro merecedor de ser estudiado, lo que es poco creíble en una guerra civil que duró siete años y que debió asolar amplias zonas de la península. Lo único que hay sobre el tema son breves referencias a aspectos puntuales en algunas obras de carácter más amplio, cuyo objetivo no es estudiar las consecuencias socioeconómicas del conflicto armado. O estudios sobre algún aspecto del exilio, que solo nos hablan de una pequeña parte de las consecuencias de la guerra. Otras veces se habla de cómo afectó la guerra a la población civil o a las haciendas municipales, pero no de las secuelas que dejó el conflicto una vez terminado, que es lo que pretendo analizar aquí<sup>3</sup>.

Para ocuparme de este tema he decidido escribir este artículo, en el que analizaré las consecuencias económicas y sociales del conflicto. No obstante, hay que aclarar que no me planteo analizar las repercusiones socioeconómicas derivadas del establecimiento del régimen liberal, básicamente por dos razones. Primero porque es un tema que ha sido ya muy estudiado y que requeriría mucho más espacio del que dispongo en este artículo. Y en segundo lugar porque estos cambios socioeconómicos promovidos por los liberales fueron en realidad o una causa o una consecuencia indirecta de la guerra. Por ello he decidido centrarme en las consecuencias directas de la guerra, como su impacto en la demografía, el exilio de los perdedores, los estragos provocados por los combates y su impacto en las finanzas públicas.

No obstante, como el tema se ha estudiado muy poco me he encontrado con algunos problemas. En primer lugar, la falta de un debate historiográfico sobre las consecuencias sociales y económicas de la guerra, lo que me ha impedido contraponer opiniones de diferentes historiadores. Por otra parte, y por la misma razón, no existen estudios generales sobre el tema (salvo algunos trabajos parciales en el tema del exilio), por lo que he tenido que llegar a mis propias conclusiones con la

<sup>2</sup> Esto es así porque muchos autores, como Piralá (1853-1856), Ferrer (1941-1960), Oyarzun (1969) y Mundet (1990) se han centrado casi únicamente en los aspectos políticos y militares, descuidando los sociales y económicos. Y la mayoría de ellos sí han estudiado las causas de la revuelta carlista, pero no sus consecuencias tras el conflicto. Es el caso de Barreiro (1976), Pan-Montojo (1990), Bullón de Mendoza (1992), Anguera (1995), Rújula (1998), Moral (2006), Asensio (2011) y Recio (2015).

<sup>3</sup> Algunos aspectos de las consecuencias socioeconómicas de la guerra han sido analizados en las obras de Rodríguez-Moñino (1984), Ollero de la Torre (1994), Santirso (1999), Del Río (2000), Santos (2001) y Tronco (2010), todas ellas citadas en este trabajo. Pero solo tocan temas y lugares muy concretos, por lo que ninguna de ellas permite tener una visión de conjunto de lo que fueron las consecuencias sociales y económicas inmediatas de la guerra.

información parcial que he podido encontrar, en textos que normalmente trataban de otros asuntos. De esta manera, reuniendo información muy dispersa en unas cuantas fuentes y obras históricas, he elaborado este artículo con el que espero arrojar algo de luz sobre un tema tan poco estudiado hasta ahora. Creo que esto nos ayudará a entender mejor lo que ocurrió en las décadas siguientes, tanto en el aspecto político como en el económico y en el social.

## 1. Las consecuencias socioeconómicas directas de la guerra

### 1.1. Las pérdidas humanas

Como ya he comentado, hay muy pocos estudios sobre el impacto demográfico de la Primera Guerra Carlista. De hecho, Jordi Nadal, en su libro sobre la población española, no hace ninguna referencia a las repercusiones de dicha contienda<sup>4</sup>. La causa podría estar en su reducida influencia, sobre todo si tenemos en cuenta que en una zona tan afectada como Cataluña la población pasó de 958.331 a 1.052.033 habitantes entre 1831 y 1842<sup>5</sup>. Esto nos indica que la guerra no supuso ningún cataclismo demográfico, pero eso no significa que no tuviera impacto alguno. Hay que tener en cuenta que el principado era, en esa época, el territorio más próspero de España y que el aumento poblacional hubiera sido mayor si no se hubiera producido el conflicto. Además, a ello habría que añadir, como en todas las guerras, un descenso de la natalidad<sup>6</sup> y un aumento de la emigración desde las zonas más afectadas.

Por otra parte, algunas provincias sí que perdieron habitantes a causa de la contienda, como fue el caso de Vizcaya, que vio diezmada su población<sup>7</sup>. En cuanto a las ciudades, sufrieron bastante Bilbao, que pasó de 15.000 a 10.234 habitantes, Vitoria que lo hizo de 12.000 a 9.553 y Pamplona con una disminución de 15.000 a 11.675<sup>8</sup>. Más afectadas aún fueron Ripoll (Gerona), cuya población descendió de 2.886 habitantes a 939, Montalbán (Teruel), con una reducción de 2.739 a 936 y Segura (Teruel) de 849 a 407<sup>9</sup>. Como hay otros factores que pudieron influir en este descenso poblacional (emigración por crisis económica o la epidemia de cólera de 1834) he comparado 20 localidades de las provincias más expuestas al conflicto<sup>10</sup>, con otras 20 que apenas lo estuvieron, pertenecientes a Andalucía, Extremadura,

<sup>4</sup> Nadal, Jordi: *La población española (siglos XVI a XX)*, Esplugues de Llobregat, Ariel, 1991.

<sup>5</sup> Santirso, Manuel: *Revolució liberal i guerra civil a Catalunya (1833-1840)*, Lérida, Pagès, 1999, p. 365.

<sup>6</sup> En Navarra se nota una disminución sensible de los nacimientos entre 1830 y 1845 a consecuencia de la guerra carlista. Caro Baroja, Julio: *Historia general del País Vasco*, San Sebastián, Luis Haranburu editor, 1981, p. 56.

<sup>7</sup> Piralá, Antonio: *Historia de la guerra civil y de los partidos liberal y carlista*, Madrid, Turner / Historia 16, 1984, v. 2, pp. 13 y 14.

<sup>8</sup> Miñano, Sebastián: *Diccionario geográfico-estadístico de España y Portugal*, Madrid, Imprenta de Pierari-Peralta, 1826, v. 2, p. 118, v. 6, p.419 y v. 10, p. 52. Madoz, Pascual: *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de ultramar*, Almedralejo, Biblioteca Santa Ana, 1989-1993, v. 4, p. 319, v. 12, p. 640 y v. 16, p. 341.

<sup>9</sup> Miñano, Sebastián: *Diccionario...* v. 6, p. 97, v. 7, p. 335 y v. 8, p. 193. Madoz, Pascual: *Diccionario...* v. 11, p. 518, v. 13, p. 499 y v. 14, p. 452.

<sup>10</sup> Bilbao, Vitoria, San Sebastián, Oñati (Guipúzcoa), Hernani (Guipúzcoa), Villafranca, Pamplona, Estella, Lesaca (Navarra), Berga (Barcelona), Ripoll (Gerona), Solsona (Lérida), Gandesa (Tarragona), Vilafamés, Lucena, Vinaròs, Morella (Castellón), Montalbán, Cantavieja y Segura (Teruel).

Murcia y el reino de León<sup>11</sup>. Los resultados nos muestran que la guerra tuvo mucho que ver, puesto que las primeras tenían en los años 40 el 87 % de la población que en los años 20, mientras que las segundas habían crecido al 127 % en el mismo periodo de tiempo<sup>12</sup>.

El impacto del conflicto se puede apreciar en Lucena del Cid (Castellón) analizando los datos sobre personas enterradas en esos años. Mientras duró la contienda la media de entierros fue de 125 personas al año (llegando a su máximo en 1839, con 192 funerales), frente a 54 fallecidos anuales en la década de 1840. Estas muertes se producían no solo por los combates, sino también por el hambre que pasaron los vecinos y que provocó una gran mortalidad, especialmente entre los niños<sup>13</sup>. Un caso similar se dio en Calanda (Teruel), donde la población pasó de 2.456 habitantes (1824) a 1.350 al acabar la guerra. Teniendo en cuenta la evolución natural de la población y los 201 individuos que fallecieron por la epidemia de cólera, García Miralles afirma que el conflicto causó en dicho pueblo la muerte de unas 1.350 personas<sup>14</sup>.

Mucho más complicado es calcular el número total de muertos de la guerra, pues las estadísticas de la época dejan bastante que desear. Pese a ello, algunos autores se han aventurado a elaborar estadísticas al respecto. El primero de ellos fue un autor anónimo del siglo XIX, que estimó en 200.000 las bajas de los dos bandos hasta marzo de 1838. De ellas 130.000 serían miembros del ejército, 10.000 de la milicia nacional y 60.000 de las fuerzas carlistas<sup>15</sup>. Por su parte, en 1855, Ruiz Morales redujo las víctimas del ejército constitucional a 39.701 muertos, 5.096 heridos y 807 desaparecidos<sup>16</sup>. Más de un siglo después Stanley Payne calculó todos los muertos de la guerra en 100.000, de las que 64.250 serían liberales y el resto carlistas<sup>17</sup>. Por último, Mark Lawrence estima el número de fallecidos entre el 2 y el 5% de la población<sup>18</sup>, lo que supondría entre 210.000 y 770.000 personas<sup>19</sup>.

Otra posibilidad es sumar el número de bajas que mencionan las fuentes de la época en los diversos encuentros bélicos. Me he tomado la molestia de hacerlo en la obra de Buenaventura de Córdoba (la más completa sobre la guerra en el frente del Maestrazgo) y el número de muertos totales en combate oscila entre 9.465 y 12.453, según quien diera el parte de guerra, mientras que los heridos oscilan entre 9.730 y 12.395<sup>20</sup>. A ellos habría que sumar los prisioneros liberales (de los carlistas no tenemos datos) muertos por hambre y frío (entre 4.771 y 7.333), así como los que fueron

<sup>11</sup> Antequera (Málaga), Linares (Jaén), Priego (Córdoba), Jerez (Cádiz), Palos (Huelva), Vélez Blanco (Almería), Don Benito (Badajoz), Plasencia (Cáceres), Jerez de los Caballeros (Badajoz), Trujillo (Cáceres), Murcia, Lorca, Cartagena, Caravaca (Murcia), Yecla (Murcia), Astorga (León), Toro (Zamora), Alba de Tormes (Salamanca), Ponferrada (León) y Zamora.

<sup>12</sup> Miñano, Sebastián: *Diccionario...* y Madoz, Pascual: *Diccionario...* (elaboración propia)

<sup>13</sup> Escrig, Joaquim: *Lucena: una historia de L'Alcalatén. Sociedad, poblamiento y territorio*, Castellón, Universidad Jaime I, 1998, pp. 384, 385 y 387.

<sup>14</sup> García Miralles, Manuel: *Historia de Calanda*, Valencia, Tipografía artística Puertes, 1969, p. 149.

<sup>15</sup> "Un español": *Ojeada sobre la guerra civil, sus causas, progresos, consecuencias y terminación*, Madrid, Imprenta de don José Palacios, 1838, p. 65.

<sup>16</sup> Ruiz de Morales, Joaquín: *Historia de la milicia nacional desde su creación hasta nuestros días*, Madrid, Prats y Ruiz, 1855, pp. 541-542.

<sup>17</sup> Payne, Stanley: *Los militares y la política en la España contemporánea*, París, Ruedo ibérico, 1968, p. 10.

<sup>18</sup> Lawrence, Mark: *Spain's First Carlist War, 1833-1840*, Basingstoke, Palgrave MacMillan, 2014, pp. 10 y 224.

<sup>19</sup> La población española en la década de 1830 oscilaba entre 10,5 millones (censo de 1797) y 15,4 millones (censo de 1857). El número de muertos se ha calculado aplicando el 2 % a la cifra menor y el 5% a la mayor.

<sup>20</sup> Córdoba, B. *Vida militar y política de Cabrera*, Madrid, Imprenta de Eusebio Aguado, 1844-1846.

ejecutados (entre 1.262 y 2.231)<sup>21</sup>. Todo ello nos daría un total, solamente para el frente valenciano-aragonés, de entre 15.498 y 22.017 muertos, así como entre 9.730 y 12.395 heridos. Pero muchos de estos debieron morir también, debido a la pérdida de sangre y a las infecciones provocadas por las heridas, con una sanidad que estaba muy poco evolucionada. Además, hay que tener en cuenta que numerosos heridos eran abandonados y no recibían atención médica, mientras que otros eran llevados a hospitales sucios, se les daba muy poca comida y eran puestos junto a enfermos contagiosos, por lo que la mortalidad debió ser altísima<sup>22</sup>. De hecho, más de tres cuartas partes de los heridos liberales en la campaña contra Morella (en agosto de 1838) fallecieron a los pocos días<sup>23</sup>. Y si comparamos la relación muertos-heridos en las cifras que da Córdoba (con partes del día de la batalla) y Ruiz Morales (con informes posteriores), veremos que el porcentaje de heridos pasa del 37,0 al 11,1 % del total de bajas. Si esto se debiera a la muerte posterior de muchos heridos nos encontraríamos con que el porcentaje de fallecimientos debió estar en torno al 70%, lo que no está muy alejado de las cifras que da Córdoba. En ese caso el número de muertos en Valencia y Aragón estaría entre 22.309 y 30.676, con un número de heridos entre 6.811 y 8.676. Y si calculamos que el frente del Maestrazgo abarcaba entre un 10 y un 20 % de los hombres que combatieron en la Primera Guerra Carlista nos encontraremos con un total de entre 111.000 y 306.000 muertos, aproximadamente, para toda España.

Estas cifras hay que tomarlas con cautela, pues no incluyen todos los combates que tuvieron lugar, tampoco a la población civil ni a los prisioneros carlistas que murieron en cautividad. Además, a menudo se exageraban las bajas de los adversarios y se minimizaban las propias, siendo frecuente que el número de bajas se multiplicase por cinco o más, según quien diese el parte de guerra. No obstante, la falta de información para todos los combates puede ser compensada en parte por la exageración al contar las bajas opuestas. Y si analizamos las estimaciones dadas por diferentes autores y las comparamos, probablemente nos acercaremos más a la realidad que si renunciamos a hacerlo. De esta manera vemos que el número de muertos de la Primera Guerra Carlista oscilaría entre 100.000 y 770.000, lo cual no es afinar mucho, que digamos. Si eliminamos las dos cifras más extremas nos quedaríamos con un margen de entre 111.000 y 306.000 muertos, que coincide con mis estimaciones y que considero mucho más probable. Tratar de dar una cifra más exacta, con la información tan parcial y contradictoria de que disponemos, sería bastante arriesgado.

En cuanto al tipo de muertos, parece que fueron en su gran mayoría militares, puesto que las fuentes de la época pocas veces hablan de muertes de civiles y no hay constancia de grandes masacres o hambrunas generalizadas durante el conflicto. No obstante, sabemos que murieron civiles en los bombardeos artilleros sobre ciudades y fusilados por acercarse a localidades bloqueadas, por hacer de espías o por ser familiares de enemigos políticos. Otros fallecieron por masacres perpetradas por los carlistas en algunos pueblos o en penalidades en poblaciones sitiadas o en cautiverio, si eran cogidos como rehenes. Como ejemplo podemos citar el caso de Bilbao,

<sup>21</sup> Autor, 2013, p. 319. No he tenido en cuenta la cifra de muertos por penalidades que resulta de sumar los datos de Pirala, pues me ha parecido incompleta, al faltar los muertos de los dos últimos años de la guerra.

<sup>22</sup> Von Goeben, August: *Cuatro años en España. Los carlistas, su levantamiento, su lucha y su ocaso. Esbozos y recuerdos de la guerra civil*, Pamplona, Institución Príncipe de Viana y Diputación Foral de Navarra, 1966, pp. 183-184 y 187-188.

<sup>23</sup> Córdoba, Buenaventura: *Vida militar...* v. 3, p. 359.

ciudad que los carlistas bombardearon en varias ocasiones. Solamente entre el 24 y 28 de octubre de 1836 perecieron por ello 79 personas, de las que 10 eran mujeres, 7 niños y 3 ancianos<sup>24</sup>. También murieron civiles en 1838, cuando Tristany entró en Monistrol de Montserrat (Barcelona), degollando allí a ancianos, mujeres y niños<sup>25</sup>. Un año más tarde Chambonet fusiló en L'Alcora (Castellón) a 14 liberales, expulsando a otros muchos hacia los puntos ocupados por las tropas de la reina<sup>26</sup>.

Además de los muertos, hubo también un importante número de heridos, que quedaron con secuelas que les dificultaron llevar una vida normal tras la guerra. De hecho, algunos de los rebeldes que pasaron exiliados a Francia tenían un brazo o una pierna amputados. En este sentido, vemos que en el departamento francés de Deux-Sèvres, de los 20 exiliados carlistas que residían allí en 1841, 11 habían recibido heridas graves<sup>27</sup>. Este problema, aunque en menor medida, también afectaba a los mandos, pues de los 73 jefes del ejército de Cabrera que pasaron al exilio en Francia, 14 tenían heridas de guerra que les ocasionaban dolores, requerían cuidados médicos o les impedían trabajar. La mayoría de las heridas estaban en la pierna (4) o el brazo (4), pero también las había en el tronco (2) o la cabeza (1), habiendo uno de ellos que llegó incluso a perder un ojo<sup>28</sup>. Esto supone que el 19 % de los jefes carlistas que sobrevivieron al conflicto lo hicieron con secuelas graves, porcentaje que debió ser similar entre los mandos liberales. En cuanto a los soldados, no sabemos exactamente cuántos heridos provocaría la contienda, pero si tomamos el número de heridos del frente del Maestrazgo y aplicamos el mismo criterio que hemos utilizado para los muertos, nos encontraríamos con unas cifras totales de entre 34.000 y 86.000 heridos de guerra. Probablemente, la mayoría de ellos acabaron en la miseria y dependiendo de sus familiares, pues es muy probable que sus heridas les impidieran ganarse el sustento.

Por otra parte, la guerra debió provocar numerosas violaciones, como ocurre en todos los conflictos armados. Y esto lo hicieron los dos bandos, tanto carlistas como liberales. Las tropas constitucionales, por ejemplo, “deshonraron” a mujeres y muchachas en Navarra<sup>29</sup>, haciendo algo parecido cuando se dirigían a atacar Morella, en agosto de 1838<sup>30</sup>. En cuanto a sus rivales, el 12 de agosto de 1835 entraron en Prats de Lluçanés (Barcelona) y al no poder tomar el fuerte se dedicaron a cometer excesos con las mujeres e hijos de los defensores<sup>31</sup>. Casi cinco años después, en mayo de 1840, un grupo de 47 carlistas violó, en Ossa de Montiel (Albacete) a las mujeres que se dirigían al campo<sup>32</sup>.

<sup>24</sup> Lawrence, Mark: *Spain's first...* pp. 153 y 154.

<sup>25</sup> Una reunión de amigos colaboradores: *Panorama español. Crónica contemporánea*, Madrid, Imprenta del Panorama español, 1842-1845, v. 4, p. 61.

<sup>26</sup> *Diario Mercantil de Valencia*, 13 de diciembre de 1839.

<sup>27</sup> Tronco, Emmanuel: *Les carlistes espagnols dans l'ouest de la France (1833-1883)*, Rennes, Prensas Universitarias de Rennes, 2010, pp. 191 y 260.

<sup>28</sup> Autor, 2014, pp. 103, 217, 249, 257, 261, 330, 348, 351, 362, 458, 479, 480, 507 y 524.

<sup>29</sup> Von Goeben, August: *Cuatro años...* p. 76.

<sup>30</sup> Córdoba, Buenaventura: *Vida militar...* v. 3, p. 359.

<sup>31</sup> Mundet, Josep Maria: *La primera guerra carlista a Catalunya. Història militar i política*, Barcelona, Publicaciones de la abadía de Montserrat, 1990, p. 109.

<sup>32</sup> Asensio, Manuela: *El carlismo en Castilla-La Mancha*, Ciudad Real, Almud, 2011, p. 215.

## 1.2. El exilio

Otra consecuencia del conflicto fue el exilio, ya que en 1839-1840 pasaron a Francia más de 32.700 carlistas. De ellos 6.067 lo hicieron por Navarra con don Carlos (septiembre de 1839), 2.500 por Navarra con Balmaseda (junio de 1840), 17.500 por Cataluña con Cabrera (julio de 1840) y 6.700 por Andorra y los valles de Arán y Oseja (Cataluña), a las órdenes de otros jefes catalanes (julio de 1840)<sup>33</sup>. Como podemos deducir por los jefes y por los lugares de entrada, catalanes, aragoneses y valencianos formaban el grueso de la emigración<sup>34</sup>. Ante esta llegada masiva de refugiados, el gobierno francés decidió repartirlos por departamentos para evitar que se concentrasen cerca de la frontera y supusieran un foco de inestabilidad. De esta manera, los exiliados vasco-navarros fueron enviados a los departamentos de Charente, Charente Maritime<sup>35</sup>, Alto Saona y Mosa, mientras que los catalanes, valencianos y aragoneses (que eran la mayoría), marcharon a los de Doubs (eclesiásticos y empleados civiles), Ain, Jura (jefes), Corrèze, Creuse, Alto Loira (oficiales), Aveyron, Lozère, Tarn y Tarn-Garona (suboficiales y soldados)<sup>36</sup>. A excepción de los eclesiásticos, generales, coroneles y tenientes generales, los refugiados no debían viajar solos. Los oficiales fueron obligados a marchar a sus destinos en grupos de 25 a 30 hombres, mientras que los suboficiales y soldados lo harían en grupos de 75 a 100 hombres<sup>37</sup>.

Una vez en su destino el gobierno francés asignó pensiones a los refugiados carlistas, en función de su rango y de su situación familiar. De esta manera, los tenientes generales recibieron de 91,15 a 127,6 francos al mes, los mariscales de 54,7 a 91,15, los brigadieres de 50 a 83, los coroneles y empleados superiores de la administración de 33 a 48,6, los oficiales, empleados carlistas y profesionales liberales de 26,4 a 55,2 y el resto de 13,2 a 24,3<sup>38</sup>. Estas ayudas eran escasas y en la gran mayoría de los casos no permitían vivir dignamente. Como ejemplo podemos citar el caso de Ramón Cabrera que, aunque recibía el subsidio de teniente general, reconocía que no le llegaba para cubrir sus gastos y que habitaba en una humilde habitación<sup>39</sup>. Si esto le ocurría al Tigre del Maestrazgo, que cobraba una de las pensiones más altas, ¿cómo vivirían los oficiales, que cobraban tres veces menos? O los soldados, que percibían una cantidad cinco veces inferior. Nos lo podemos imaginar.

A cambio de estas pensiones de miseria los exiliados debían pedir permiso a las autoridades para cambiar de residencia o hacer viajes cortos, comunicando el lugar

<sup>33</sup> Sánchez, Ramón: *Historia de don Carlos y de los principales sucesos de la guerra civil en España*, Madrid, Imprenta de Tomás Aguado, 1844, v. 2, pp. 328 y 329. Ferrer, Melchor, Acedo, José y Tejera, Domingo: *Historia del tradicionalismo español*, Sevilla, Ediciones Trajano y Editorial Católica, 1941-1960, v. 17, p. 290. Según Pirala el número de carlistas que en 1839 marcharon al exilio por el País Vasco y Navarra fue de 8.000, cifra que el marqués de Miraflores reduce a 6.607. Sánchez lo reduce a 5.000, pero he preferido tomar la cifra que da Ferrer (5.583 militares y 484 civiles), que me ha parecido más exacta. Pirala, Antonio: *Historia de la guerra...* v. 5, p. 509. Pando, Manuel: marqués de Miraflores, *Memorias para escribir la historia contemporánea de los siete primeros años del reinado de Isabel II*, Madrid, Imprenta de la viuda de Calero, 1844, v. 2, p. 278.

<sup>34</sup> Rodríguez-Moñino, Rafael: *El exilio carlista en la España del XIX (carlistas y "demócratas" revolucionarios)*, Madrid, editorial Castalia, 1984, pp. 65 y 75.

<sup>35</sup> Tronco, Emmanuel: *Les carlistes...* p. 138.

<sup>36</sup> Archivos Departamentales de los Pirineos Orientales, caja 4 M 593. Archivos Departamentales del Doubs, caja M 829.

<sup>37</sup> Archivos Departamentales de los Pirineos Orientales, caja 4 M 593.

<sup>38</sup> Archivos Departamentales de los Pirineos Orientales, caja 4 M 593. Archivos Departamentales de Vaucluse, cajas 4 M 202 y 4 M 207.

<sup>39</sup> Córdoba, Buenaventura: *Vida militar...* v. 4, pp. 435 y 438.

al que querían ir y los motivos para ello, que solían ser por problemas de salud, para trabajar o para encontrarse con familiares. En esos casos, si se autorizaba el viaje, se les marcaba un itinerario que habían de seguir y se les daba ayuda de ruta o dinero para hacer el trayecto. Esto era bastante habitual, por lo que al poco tiempo empezó a haber exiliados carlistas en muchos otros departamentos<sup>40</sup>. No obstante, si un refugiado abandonaba su residencia sin haber cumplido con las formalidades necesarias, podía ser arrestado y corría el riesgo de perder su pensión<sup>41</sup>.

Al mismo tiempo, el gobierno francés intentó reducir el número de extranjeros residentes en su país, ofreciéndoles alistarse en la legión extranjera (algo que solo hicieron 500) y facilitando el viaje a América o a otros países de los que lo desearan<sup>42</sup>. Pero esto no redujo mucho la cantidad de exiliados, entre otras cosas porque por estas fechas fueron llegando esposas e hijos de militares carlistas para reunirse con sus familiares<sup>43</sup>, casi siempre oficiales o rangos superiores. Esto explica que en el departamento de Vienne residieran, por esas fechas, 118 españoles refugiados, de los que 105 eran hombres, cinco mujeres y ocho niños<sup>44</sup>. Y también que el 1 de septiembre de 1840 todavía quedarán en el país vecino 30.000 carlistas, que ocasionaban un gasto de 16.000 francos diarios. Ante el problema que esto suponía, el ministro del interior encargó a los prefectos que les buscasen trabajo y ordenó quitar el subsidio a los españoles que se negasen a trabajar<sup>45</sup>.

Pero la situación no experimentó apenas cambios hasta que el 30 de noviembre el gobierno español concedió una amnistía que incluía a todos los carlistas, excepto a los jefes, oficiales, empleados civiles y eclesiásticos. El gobierno francés reaccionó a esto anunciando que a partir del 1 de enero se suprimirían los subsidios a los que estuvieran en condiciones de acogerse al indulto<sup>46</sup>. Ante la perspectiva de empezar a pasar hambre en el país vecino, a partir de diciembre miles de personas empezaron a volver a España. De esta manera, en febrero de 1841 ya habían regresado 12.000 y dos meses más tarde solo quedaban 8.000 exiliados carlistas en Francia, incluyendo mujeres y niños<sup>47</sup>.

Aun así, el gasto seguía siendo importante, puesto que 7.812 refugiados seguían cobrando subsidios<sup>48</sup>. Y eso pese a que en Francia solo habían entrado 1.000 oficiales carlistas, por lo que el resto seguía recibiendo ayudas pese a estar comprendidos en el indulto. Ante esta situación, el ministro del Interior galo ordenó el 26 de mayo que los españoles no amnistiados percibirían ayudas eventuales en vez de los subsidios regulados en 1840. Serían los prefectos los que decidirían a quién se otorgaban las

40 Archivos Departamentales de Ain, cajas 4 M 195, 4 M 196, 4 M 197, 4 M 198, 4 M 199, 4 M 200 y 4 M 201. Archivos Departamentales del Doubs, cajas M 829 y M 836. Archivos Departamentales de Vaucluse, cajas 4 M 202, 4 M 203, 4 M 204, 4 M 205, 4 M 206, 4 M 207 y 4 M 208.

41 Archivos Departamentales de los Pirineos Orientales, caja 4 M 593.

42 Ferrer, Melchor, Acedo, José y Tejera, Domingo: *Historia del tradicionalismo...* v. 17, pp. 284 y 285. Santirso, M., *Revolución liberal...* p. 366.

43 Archivos Departamentales de Ain, caja 4 M 195. Archivos Departamentales del Jura, caja 4 M 660.

44 Tronco, Emmanuel: *Les carlistes...* p. 268.

45 Archivos Departamentales de los Pirineos Orientales, caja 4 M 593. Archivos Departamentales de Ain, caja 4 M 195.

46 Archivos Departamentales de los Pirineos Orientales, cajas 4 M 593 y 4 M 641. Archivos Departamentales del Doubs, caja M 829.

47 Archivos Departamentales de los Pirineos Orientales, caja 4 M 641. Archivos Departamentales del Doubs, caja M 829. Archivos Departamentales de Vaucluse, caja 4 M 204.

48 *Diario Mercantil de Valencia*, 12 de septiembre de 1841.

ayudas<sup>49</sup>, que se destinarían exclusivamente a los que tuvieran más de 50 años, a los heridos, enfermos y a los que hubieran seguido la carrera militar desde muy jóvenes. De esta manera, el 1 de junio cesaron los subsidios y los que reunían las condiciones mencionadas realizaron instancias para pedir que se les siguiera pagando, algo que algunos consiguieron al cabo de dos meses de espera. Al mismo tiempo, todos los que estuvieran en condiciones de trabajar serían colocados como aprendices en diferentes talleres artesanales. De esta manera, algunos fueron contratados por comerciantes, mientras que otros pasaron a ser aprendices y un último grupo recibió ayudas de familias legitimistas adineradas en forma de vivienda o dinero<sup>50</sup>. Estos últimos debieron ser el colectivo más numeroso, ya que, según Ramón Sánchez, de no haberse beneficiado de la generosidad de algunos particulares, los exiliados carlistas hubieran muerto de hambre<sup>51</sup>.

Aunque muchos habían regresado a sus lugares de origen, las dudas sobre la sinceridad de la amnistía retrasaban los retornos. En este sentido, los exiliados intentaban informarse entre sus familiares y amigos si el regreso se podía hacer sin peligro. En el departamento de Deux-Sèvres, por ejemplo, los internados se negaron a volver por no jurar fidelidad a Isabel II. Además, la ayuda que prestaban los legitimistas franceses suponía un freno a los retornos, al permitirles subsistir sin los subsidios del gobierno francés<sup>52</sup>. Así estaban las cosas cuando el 30 de agosto de 1841 se publicó otra amnistía, que incluía también a los oficiales y a los eclesiásticos. No así a los coroneles, generales, dignatarios de la Iglesia y altos cargos de la administración. Al igual que en el indulto anterior era necesario jurar fidelidad a la reina y, como anteriormente, el gobierno francés anunció que los españoles amnistiados no seguirían percibiendo ayudas<sup>53</sup>. A partir de entonces las condiciones de la mayoría de los exiliados empeoraron todavía más. Muchos tuvieron que emigrar a otros departamentos en busca de trabajo, mientras que otros malvivían con sus familiares compartiendo la escasa ayuda que recibía alguno de ellos del gobierno francés<sup>54</sup>. A los refugiados carlistas les costaba mucho encontrar empleo, en parte por sus heridas y problemas de salud, en parte porque muchos de ellos no conocían oficio alguno y en parte por no saber francés<sup>55</sup>. El hecho de que los exiliados españoles ignoraran el idioma del país en el que llevaban varios años viviendo nos muestra que apenas se relacionaban con franceses. Probablemente pasaran casi todo su tiempo con otros carlistas, lo que les dificultaba la integración en la sociedad gala.

Por otra parte, el 7 de noviembre de 1843 el gobierno francés prohibió a los refugiados hispanos la estancia en 28 departamentos, entre los que se encontraban los de París, Lyon, el oeste del país y los cercanos a la frontera española<sup>56</sup>. Los carlistas respondieron entonces concentrándose en algunas localidades, como Aviñón (donde

<sup>49</sup> Archivos Departamentales del Doubs, caja M 829.

<sup>50</sup> Rodríguez-Moñino, Rafael: *El exilio...* p. 68. Tronco, Emmanuel: *Les carlistes...* pp. 191 y 292-295. Archivos Departamentales de Ain, caja 4 M 194. Archivos Departamentales de Vaucluse, caja 4 M 204 y 4 M 830.

<sup>51</sup> Sánchez, Ramón: *Historia de don Carlos...* v. 2, p. 329.

<sup>52</sup> Tronco, Emmanuel: *Les carlistes...* pp. 192 y 193.

<sup>53</sup> Archivos Departamentales de los Pirineos Orientales, caja 4 M 641. Archivos Departamentales del Doubs, caja M 829.

<sup>54</sup> Archivos Departamentales de Ain, cajas 4 M 199 y 4 M 200.

<sup>55</sup> Archivos Departamentales de Ain, cajas 4 M 194, 4 M 195, 4 M 196, 4 M 201 y 4 M 202. Archivos Departamentales de Vaucluse, caja 4 M 202. Archivos Departamentales del Jura, caja 4 M 660. Archivos Departamentales del Doubs, cajas 4 M 831 y 4 M 838.

<sup>56</sup> Tronco, Emmanuel: *Les carlistes...* pp. 183 y 199.

llegó a haber 393 refugiados en 1844) o Besançon (con 137 exiliados ese mismo año)<sup>57</sup>. Al mismo tiempo, la necesidad de hacer frente a las difíciles condiciones de vida en los lugares en los que fueron confinados los llevó a mantener estrecho contacto entre ellos, manteniendo redes de solidaridad para obtener ayuda económica y subsidios<sup>58</sup>. También así podían informarse mutuamente sobre posibles trabajos o nuevas amnistías. De hecho, el número de carlistas en el departamento de Aviñón descendió a 136 dos años después, debido a que muchos de ellos marcharon a trabajar en la construcción del ferrocarril que iba de esta ciudad a Marsella<sup>59</sup>. Por esas fechas todavía quedaban en Francia 8.000 carlistas, los mismos que en 1841, aunque el gasto del gobierno francés en subsidios se había reducido en un año en 300.000 francos anuales<sup>60</sup>.

Así llegamos al 17 de octubre de 1846, cuando el gobierno español publicó una amnistía para todos los grados hasta coronel (inclusive) y para todos los civiles exiliados, salvo los que hubieran sido miembros de juntas revolucionarias o en funciones delegadas por ellas<sup>61</sup>. Además, el 2 de septiembre de 1847 se dictó un nuevo indulto para todos los españoles refugiados por causas políticas, exceptuando únicamente a los que estaban combatiendo en la revuelta de los matiners. El gobierno francés, interesado en librarse de los exiliados carlistas, proporcionó auxilio de ruta a los que se dirigieron a la frontera para acogerse al perdón. Hay que señalar que el gobierno español, para evitar que se uniesen con los rebeldes catalanes, solo permitía a los indultados entrar en España por Irún<sup>62</sup>.

Por esas fechas la situación de los refugiados carlistas era realmente lamentable. De hecho, a finales de 1846 dos de ellos, Simón de las Cajigas y Juan Cubells, pidieron un subsidio al gobierno francés para no morir de hambre<sup>63</sup>. Esto explica que muchos de los que se habían resistido a acogerse al indulto de 1841, ahora no dudaran en volver a España, con tal de escapar de la miseria que les atenazaba<sup>64</sup>. Otros decidieron en cambio unirse a la revuelta catalana<sup>65</sup>, mientras que un último grupo, que había encontrado trabajo, permaneció en Francia. Entre estos encontramos al comandante Damián Carreras, que vendía chocolate por el departamento de Vaucluse<sup>66</sup>.

No obstante, la amnistía que más importancia tuvo fue la del 17 de abril de 1848, cuando el gobierno español extendió a todos los jefes y oficiales procedentes del ejército carlista los beneficios del convenio de Vergara. Es decir, que no solo indultaba a los exiliados que aún no habían podido acogerse a ninguna amnistía, sino que además permitía a todos los mandos tradicionalistas ingresar en el ejército isabelino, lo que les garantizaba un trabajo estable y un reconocimiento social en España. Para ello, las autoridades españolas dieron un plazo de un mes y medio a los que estuvie-

<sup>57</sup> Archivos Departamentales de Vaucluse, caja 4 M 202. Archivos Departamentales del Doubs, caja M 831.

<sup>58</sup> Rújula, Pedro: "El antiliberalismo reaccionario" en Romeo, Mari Cruz y Sierra, María: *La España liberal 1833-1874*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2014, v. 2, p. 393.

<sup>59</sup> Archivos Departamentales de Vaucluse, caja 4 M 208.

<sup>60</sup> Archivos Departamentales del Jura, caja M 28. Archivos Departamentales de Vaucluse, caja 4 M 207.

<sup>61</sup> Archivos Departamentales de Ain, caja 4 M 202.

<sup>62</sup> Archivos Departamentales de Ain, caja 4 M 202. Archivos Departamentales del Doubs, caja M 839. Archivos Departamentales de Vaucluse, caja 4 M 202.

<sup>63</sup> Archivos Departamentales del Doubs, caja M 830.

<sup>64</sup> Archivos Departamentales de Ain, caja 4 M 202.

<sup>65</sup> Autor, 2014, p. 604.

<sup>66</sup> Archivos Departamentales de Vaucluse, caja 4 M 208.

ran en el extranjero, a fin de que jurasen lealtad a la reina y a la Constitución<sup>67</sup>.

La oferta era tan atractiva que la mayoría de los exiliados no pudieron resistirla y trataron de regresar a España. Uno de ellos era Bautista Arnau, que vivía por esas fechas en Marsella, con su mujer y dos hijos, y que se encontraba allí sin recursos y sin trabajo. Quería acogerse a la amnistía para huir de la miseria y el riesgo de desahucio, pues su casero le exigía que le pagase por adelantado los seis meses siguientes de alquiler<sup>68</sup>. Y esto no era un caso aislado, pues algunos jefes y oficiales navarros residentes en Burdeos, expusieron el 10 de mayo de 1848, al conde de Montemolín, que no podían permanecer durante más tiempo en el extranjero, ya que la miseria y las privaciones les rodeaban por todas partes<sup>69</sup>. Por ello, no es de extrañar que algunos departamentos se vaciaran de exiliados españoles en las semanas posteriores a que se anunciara el indulto. Un ejemplo es el departamento del Jura, cuya lista de carlistas residentes acaba en 1848, sin que haya mención a refugiados hispanos después de esa fecha, puesto que fueron volviendo a España o marchándose a otras zonas<sup>70</sup>.

No obstante, había algunos que habían tomado las armas en la revuelta de los matiners y que después regresaron a Francia, al fracasar sus intentos de entregar el trono a don Carlos. Para que estos también pudieran volver a España, el gobierno dio otra amnistía el 8 de junio de 1849, completa, general y sin excepción, para todos los actos políticos anteriores a la publicación del decreto. A raíz de este indulto la mayor parte de los emigrados carlistas que quedaban se acogieron a la amnistía, reconociendo a Isabel II y regresando a casa<sup>71</sup>. Después de esta fecha ya solo quedaron en Francia algunos altos mandos del carlismo<sup>72</sup>, que se acogieron a la amnistía de 1857 (como el infante don Sebastián, Domingo Forcadell, José Cubells o Manuel Marco) o que fueron fieles a la causa carlista hasta el final (como Joaquín Elío, José María Arévalo o Miguel Gómez). Otros, como Pascual Gamundi, pidieron el indulto, pero no pudieron regresar a España por estar acusados de delitos comunes<sup>73</sup>. Y, aunque siguió habiendo exiliados tradicionalistas en Francia después de 1849, la gran mayoría ya no había combatido en la Primera Guerra Carlista, sino que procedía de la revuelta catalana de los matiners. De hecho, de los 90 carlistas que regresaron a España en 1856-1857, 72 eran catalanes, 4 valencianos, 4 navarros y 10 del resto del estado. Los refugiados tenían en común su origen humilde y su bajo nivel cultural, puesto que más de la mitad eran analfabetos<sup>74</sup>.

Pero no todos los que abandonaron España se dirigieron a Francia. Algunos eclesiásticos obtuvieron permiso de las autoridades francesas para pasar a Italia<sup>75</sup>. Y muchos más se trasladaron a América, la mayoría deportados por orden del gobierno español. La situación de estos individuos estaba regulada por el real decreto de 21 de enero de 1834, que destinaba a los prisioneros carlistas en Cuba, Puerto Rico y

<sup>67</sup> Rodríguez-Moñino, Rafael: *El exilio...* p. 94. García-Sanz, Ángel: "Los exilios de los militares carlistas navarros de 1833-1839", en AA.VV, *Violencias fratricidas. Carlistas y liberales en el siglo XIX*, Estella, Gobierno de Navarra, 2009, p. 83.

<sup>68</sup> Archivos Departamentales de las Bocas del Ródano, caja 4 M 2355.

<sup>69</sup> García-Sanz, Ángel: "Los exilios..." pp. 85 y 86.

<sup>70</sup> Archivos Departamentales del Jura, caja 4 M 660.

<sup>71</sup> García-Sanz, Ángel: "Los exilios..." p. 85.

<sup>72</sup> Rodríguez-Moñino, Rafael: *El exilio...* p. 66.

<sup>73</sup> Autor, 2014, pp. 204, 225, 331, 355, 356 y 413. Brea, Reinaldo: barón de Artagán, *Carlistas de antaño*, Barcelona, La bandera regional, 1912, pp. 22 y 142.

<sup>74</sup> Rodríguez-Moñino, Rafael: *El exilio...* pp. 101 y 105.

<sup>75</sup> Archivos Departamentales del Doubs, caja M 834.

Filipinas al servicio de armas durante seis años. De esta manera, durante la guerra 2.100 prisioneros rebeldes fueron enviados a Puerto Rico y 1.500 a Cuba, mientras que ninguno llegó a Filipinas. Entre estos exiliados predominaban también los catalanes, aragoneses y valencianos, siendo unos destinados al ejército y otros a obras públicas. Además, algunos fueron distribuidos entre colonos para trabajos agrícolas y se dieron casos en los que los prisioneros carlistas trabajaron encadenados y en condiciones infrahumanas<sup>76</sup>. No sabemos qué ocurrió con ellos al acabar la guerra, pero si tenemos en cuenta que los últimos deportados lo fueron en 1836 y que estaban destinados allí por un plazo de seis años, parece ser que en 1842 acabarían su condena los últimos. No obstante, es poco probable que decidieran regresar a España, siendo más verosímil que, una vez liberados, se quedaran en las colonias, ante el elevado coste del transporte a la península.

Por otra parte, también hubo carlistas que marcharon a América voluntariamente<sup>77</sup>. La mayoría lo harían probablemente desde su exilio en Francia, pero también es posible que otros emigraran a los nuevos países americanos desde Cuba y Puerto Rico, una vez terminada su estancia forzosa allí. Lo que sí que sabemos es que algunos defensores de don Carlos combatieron a las órdenes de Urquiza en Argentina. Además, el coronel Lesmes Bastarrica formó una legión vasco-navarra que combatió en la Guerra Grande de Uruguay (1839-1852)<sup>78</sup>.

### 1.3. Las consecuencias económicas

El primer conflicto carlista tuvo también consecuencias económicas que, aunque no fueron tan intensas como las de las guerras del siglo XX, también merecen ser estudiadas y analizadas. Una de ellas fue la destrucción de numerosas viviendas en las poblaciones en las que más se había combatido, lo que ocasionó importantes gastos de reparación. En Bilbao, tras el asedio de 1836, amplias zonas quedaron en ruinas y los daños ascendieron a 26 millones de reales<sup>79</sup>. No obstante, aunque la ciudad resultó muy dañada, hacia 1850 se encontraba ya reconstruida, quedando como único recuerdo de los sitios los restos de algunos conventos extramuros y el lugar donde estuvo el palacio de Begoña. Por otra parte, se vinieron abajo algunos edificios inmediatos a la población, pero casi todos se reedificaron con aspecto elegante al acabar la guerra<sup>80</sup>.

En el resto de Vizcaya ocurrió algo parecido. Durante la contienda fueron quemados gran parte de sus caseríos, talados casi todos sus montes y destruidas las propiedades. Pero en los años 50 ya se habían reconstruido y por ninguna parte se

<sup>76</sup> Navarro, Jesús Raúl: "El exilio carlista" en Rivadulla, Daniel, Navarro, Jesús Raúl y Berruezo, Maria Teresa: *El exilio español en América en el siglo XIX*, Madrid, Editorial Mapfre, 1992, pp. 146, 147, 150, 153 y 167. Arnabat, Ramón: "Revolución y contrarrevolución, frontera y exilio (Cataluña, 1789-1854)" en Agirreazkuenaga, Joseba y Alonso, Eduardo: *Naciones en el estado-nación: la formación cultural y política de naciones en la Europa contemporánea*, Editorial Base, 2014, p. 422. Las cifras son las que da Ramón Arnabat. Según Navarro, el 80 % de los carlistas fueron enviados a Cuba, por lo que en dicha isla había 1.500 deportados en 1835 y 2.200 en 1836.

<sup>77</sup> Rodríguez-Moñino, Rafael: *El exilio...* p. 68.

<sup>78</sup> Ferrer, Melchor, Tejera, Domingo y Acedo, José: *Historia del tradicionalismo...* v. 17, p. 285. Ferrer habla de la guerra de los nueve años, pero debe referirse a la Guerra Grande, la única que azotó Uruguay en la década de 1840.

<sup>79</sup> Lawrence, Mark: *Spain's first...* p. 156.

<sup>80</sup> Pírala, Antonio: *Historia de la guerra...* v. 2, pp. 13 y 14.

reconocían las huellas del conflicto, excepto en algunos palacios y conventos que, presa de las llamas, no habían sido reedificados por ausencia de sus moradores<sup>81</sup>. También Guipúzcoa sufrió los estragos de la guerra, pues tras la batalla de Oriamendi (en marzo de 1837) más de 200 familias quedaron sin techo por el incendio de sus caseríos, situados en las inmediaciones de San Sebastián, Lezo, Altza, Astigarraga y Hernani. Aunque la mayor parte ya estaban reedificados a mediados de siglo, por esas fechas aún se veían las ruinas de algunos<sup>82</sup>. No obstante, la destrucción debió reducirse a unos cuantos municipios, ya que cuando en 1840 Dembowski visitó el País Vasco no hizo ninguna referencia a haber visto destrozos causados por los combates. Lo único que menciona es que un hidalgo de Zarautz le contó que, en Andoain, Urnieta e Irura, había muchas casas incendiadas por los cristinos y sin tejado, pero que en un año estarían reconstruidas de nuevo y que toda traza de la guerra civil habría desaparecido<sup>83</sup>.

Tampoco hizo Dembowski ninguna referencia a los daños materiales provocados por el conflicto en Navarra, siendo imitado por Ramón del Río y Francisco Santos, que han estudiado la Primera Guerra Carlista más recientemente<sup>84</sup>. Esto nos hace pensar que los combates no debieron dejar un rastro de destrucción generalizada en este territorio. No obstante, sí que sabemos que algunos daños se produjeron, como es normal en toda guerra. Para empezar, en noviembre de 1834 los carlistas arrasaron varios edificios en Peralta, derramando las cubas de vino y destrozando los muebles de las casas. Más tarde, el liberal Espoz y Mina hizo quemar 20 viviendas de Lekaroz por simpatizar dicho pueblo con la causa del pretendiente. Otra localidad afectada fue Echarri-Aranaz, algunas de cuyas casas se incendiaron durante el sitio carlista, en marzo de 1835<sup>85</sup>.

En cuanto a Cataluña, las poblaciones que más sufrieron fueron Ripoll (Gerona) y Gandesa (Tarragona), debido a la furia de los ataques rebeldes. La primera quedó completamente destruida durante la guerra, pero al acabar esta fue renaciendo poco a poco de sus cenizas. Hacia 1845 la mitad de las casas ya estaban reconstruidas, pero el levantamiento de las restantes requirió mucho más tiempo, pues pertenecían a familias de escasos recursos. La destrucción alcanzó también a gran parte del monasterio de benedictinos, incluyendo su archivo. Y, aunque la espléndida fachada y el claustro románico pudieron salvarse, no pasó así con el ayuntamiento, que quedó casi destruido<sup>86</sup>. Algo parecido le sucedió a Gandesa, que fue atacada varias veces por las fuerzas de Cabrera. De esta manera, en mayo de 1837, los carlistas incendiaron las casas de campo y edificios extramuros, a fin de presionar a los defensores para que se rindieran. Un año después, la población, dado su lamentable estado, fue abandonada por los liberales<sup>87</sup>. Y siete años más tarde quedaban en ruinas dos arrabales, compuestos de más de 80 casas, pajares y corrales para los ganados. Además,

<sup>81</sup> Pírala, Antonio: *Historia de la guerra...* v. 2, pp. 13 y 14.

<sup>82</sup> Pírala, Antonio: *Historia de la guerra...* v. 4, pp. 41 y 42. Madoz, Pascual: *Diccionario...* v. 9, p. 178.

<sup>83</sup> Dembowski, Carlos: *Dos años en España durante la guerra civil de 1833 a 1840*, Barcelona, Crítica, 2008, p.507.

<sup>84</sup> Del Río, Ramón: *Revolución liberal, expolios y desastres de la Primera Guerra Carlista en Navarra y en el frente del Norte*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 2000. Santos, Francisco: *Miseria hambre y represión. El trasfondo de la Primera Guerra Carlista en Navarra, 1833-1839*, Pamplona, Universidad pública de Navarra, 2001.

<sup>85</sup> Pírala, Antonio: *Historia de la guerra...* v. 1, pp. 425, 519, 520 y 536.

<sup>86</sup> Madoz, Pascual: *Diccionario...* v. 13, pp. 498 y 499.

<sup>87</sup> Córdoba, Buenaventura: *Vida militar...* v. 2, p. 234 y v. 3, p. 167.

aún estaban sumamente deteriorados tres de los antiguos portales que cerraban la población, así como la casa municipal, que había perdido su archivo histórico y que también estaba en ruinas<sup>88</sup>.

Estas no fueron las únicas localidades catalanas que sufrieron los desastres de la guerra. El 3 de julio de 1836 el carlista Torres entró en Martinet (Lérida), incendiando 34 casas de guardias nacionales<sup>89</sup>. Algo parecido hizo Tristany en Calaf (Barcelona), donde prendió fuego a 70 casas en febrero de 1837<sup>90</sup>. Al año siguiente el conde de España ordenó que fueran demolidas todas las construcciones próximas a Berga (Barcelona) para que no sirvieran de refugio al enemigo, lo que sumió en la miseria a muchas familias<sup>91</sup>.

En el sur de Aragón ocurrieron cosas parecidas, especialmente en las zonas donde más combates se produjeron. En Calanda 268 casas y la iglesia del Pilar fueron incendiadas o arrasadas durante la contienda, quedando todas las viviendas sin rejas ni balcones, debido a su utilización por los carlistas para fabricar munición<sup>92</sup>. Aún peor fue lo que pasó en Segura, que fue incendiada y totalmente destruida por Cabrera, al negarse sus habitantes a colaborar en las obras de fortificación del castillo<sup>93</sup>. Tras la guerra, el pueblo tardó mucho en recuperarse, pues en 1848 solo contaba con entre 80 y 100 viviendas habitables. Un caso similar sucedió en Montalbán, que antes del conflicto era uno de los pueblos más poblados del sur de Aragón. Pero los bombardeos carlistas le afectaron tanto que su población quedó muy reducida y en la década de 1840 solo contaba con unas 150 casas, muchas de ellas bastante deterioradas. Otras localidades muy afectadas por la guerra fueron Alcorisa, donde los carlistas quemaron 300 viviendas y Monreal del Campo, donde en 1839 los rebeldes derribaron todos los edificios de la plaza mayor<sup>94</sup>. Un año después esa misma localidad fue incendiada por las tropas de Balmaseda<sup>95</sup>.

También podemos poner ejemplos de destrucción en el País Valenciano, especialmente en su parte norte, que se vio más afectada por la guerra. Uno de los municipios más perjudicados fue Alpuente (Valencia), donde fueron demolidas o incendiadas 247 de las 586 casas del término, así como 168 pajares, 138 corrales, la iglesia parroquial y cuatro aldeas. Todo esto lo hicieron los carlistas para facilitar las labores de defensa del fuerte de dicha localidad. De esta manera, se convirtió en el pueblo más dañado de la provincia, por lo que se acogió tras la contienda a una ley de protección especial y dispensa de contribuciones<sup>96</sup>. También podemos citar el caso de Soneja (Castellón), incendiada por el Serrador en julio de 1836, por haber recibido

<sup>88</sup> Madoz, Pascual: *Diccionario...* v. 8, pp. 293 y 294.

<sup>89</sup> Mundet, Josep Maria: *La primera guerra...* p. 153.

<sup>90</sup> Piralá, Antonio: *Historia de la guerra...* v. 4, p. 315.

<sup>91</sup> Ferrer, Melchor, Tejera, Domingo y Acedo, José: *Historia del tradicionalismo...* v. 15, p. 44.

<sup>92</sup> García Miralles, Manuel: *Historia...* p. 149.

<sup>93</sup> Von Rahden, Wilhelm: *Cabrera. Erinnerungen aus dem spanischen Bürgerkriege*, Frankfurt, Wilmans, 1840, pp. 404 y 405. Cabello, Francisco, Santa Cruz, Francisco y Temprado, Ramón María: *Historia de la guerra última en Aragón y Valencia*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico y Diputación de Zaragoza, 2006, p. 235.

<sup>94</sup> Madoz, Pascual: *Diccionario...* v. 1, p. 468, v. 8, p. 193 y v. 11, pp. 512 y 518.

<sup>95</sup> Córdoba, Buenaventura: *Vida militar...* v. 4, p. 331. *Diario Constitucional de Zaragoza*, 9 y 13 de mayo de 1840. *Diario Mercantil de Valencia*, 20 de mayo de 1840.

<sup>96</sup> Herrero, Valeriano: *La villa de Alpuente (aportación al conocimiento de un pueblo con historia)*, Segorbe, tipografía Manuel Tenas, 1978, pp. 141-144.

allí raciones envenenadas<sup>97</sup>. O el de Morella (Castellón), donde 150 de sus 681 casas quedaron destruidas por la piqueta de los zapadores carlistas o por los proyectiles lanzados por los liberales durante la guerra<sup>98</sup>. Además, las fuerzas constitucionales, en su camino hacia dicha población, incendiaron las masías en las que se acababan de cobijar, para impedir su uso por el enemigo<sup>99</sup>.

Otra zona que sufrió mucho fue la provincia de Burgos, por donde eran frecuentes las incursiones de los rebeldes. El 18 de septiembre de 1834, por ejemplo, se presentaron 3.000 hombres armados en Villarcayo y, ante la negativa de los liberales a rendirse, incendiaron 30 casas, que quedaron reducidas a cenizas<sup>100</sup>. Pero el jefe carlista que demostró más brutalidad fue Juan Antonio Balmaseda, que en septiembre de 1838 arrasó Quintanar de la Sierra<sup>101</sup> y en junio de 1840 destruyó 266 viviendas de Nava de Roa, dejando a 800 personas sin hogar. Poco después atacó Roa e incendió allí numerosos inmuebles, durante el fragor del combate<sup>102</sup>.

Además de la destrucción de edificios, la guerra afectó a la estructura económica de algunos municipios. Probablemente el territorio que más sufrió fue Navarra, muy afectada por las acciones de uno y otro bando. En julio de 1839, por ejemplo, el liberal Diego de León redujo a cenizas cuanto encontró a su paso por allí, destruyendo, no solo el sustento de los carlistas, sino el de indefensos labradores<sup>103</sup>. De esta forma, cuando acabó el conflicto bélico la agricultura navarra había quedado muy deteriorada. Además, la falta de trabajo anterior a la guerra se vio agudizada por el abandono de la agricultura y los enormes pedidos de comida y dinero realizados por los ejércitos durante la contienda. Muchos campesinos habían quedado arruinados y la falta de trabajo llevó a algunos a roturar tierras comunales sin permiso de las autoridades. Por todo ello, en 1840 la Diputación de Navarra impulsó obras públicas que facilitasen el trabajo a los jornaleros e impidiesen una nueva rebelión<sup>104</sup>.

La destrucción también afectó a muchos bosques, que fueron talados o quemados durante la guerra, ya fuera para conseguir materias primas para fabricar armas o para proporcionar alimentos a los pueblos vecinos, esquilados por los dos bandos. De hecho, durante la contienda fueron talados casi todos los montes de Vizcaya, aunque la recuperación fue relativamente rápida, puesto que en los años 50 ya se habían repoblado<sup>105</sup>. Algo parecido sucedió en Cataluña, donde muchos pueblos se dedicaron a talar y quemar bosques, sin que las autoridades pudieran hacer nada para evitarlo. Esto llevó a que los bosques catalanes estuvieran devastados al acabar la guerra<sup>106</sup>, lo que debió perjudicar gravemente a la economía campesina, muy dependiente de los recursos forestales. Otro ejemplo de lo mismo lo tenemos en Villarlengo (Teruel),

<sup>97</sup> *Boletín Oficial de la Provincia de Castellón de la Plana*, 22 de julio de 1836. *Diario de Zaragoza*, 24 de julio de 1836. Córdoba, Buenaventura: *Vida militar...* v. 2, p. 66. Calbo y Rochina, Dámaso: *Historia de Cabrera y guerra civil en Aragón, Valencia y Murcia*, Madrid, Establecimiento tipográfico de don Vicente Castelló, 1845, p. 203.

<sup>98</sup> Madoz, Pascual: *Diccionario...* v. 11, p. 598.

<sup>99</sup> Córdoba, Buenaventura: *Vida militar...* v. 3, p. 359.

<sup>100</sup> Pirala, Antonio: *Historia de la guerra...* v. 1, p. 397.

<sup>101</sup> Von Goeben, August: *Cuatro años...* p. 218. Una reunión de amigos colaboradores: *Panorama español...* v. 5, p. 153.

<sup>102</sup> Ferrer, Melchor, Tejera, Domingo y Acedo, José: *Historia del tradicionalismo...* v. 17, pp. 176 y 177.

<sup>103</sup> Pirala, Antonio: *Historia de la guerra...* v. 5, p. 430.

<sup>104</sup> Santos, Francisco: *Miseria...* pp. 207, 208, 209 y 243.

<sup>105</sup> Pirala, Antonio: *Historia de la guerra...* v. 2, pp. 13 y 14.

<sup>106</sup> Vallverdú, Robert: *La guerra dels matiners a Catalunya (1846-1849)*, Barcelona, Publicacions de la abadia de Montserrat, 2002, p. 21.

que perdió casi todos sus pinos a causa de las grandes talas realizadas por los carlistas con la finalidad de conseguir leña para su fábrica de cañones en Cantavieja<sup>107</sup>.

Pero no solo se talaban los árboles de los bosques. Otras veces se destruían frutales como represalia por la resistencia de una localidad. Es lo que pasó en Gandesa, donde los carlistas talaron olivares y almendros, ocasionando (si añadimos la destrucción de inmuebles) pérdidas por valor de 30.000 duros<sup>108</sup>. Y en Vilafamés (Castellón), pues allí los rebeldes se dedicaron a incendiar olivos y a saquear masías, de las que se llevaban animales, vino, comida y dinero<sup>109</sup>. Lo mismo se puede decir de Lucena del Cid (Castellón), donde se arrancaron árboles y se quemaron campos, lo que empeoró mucho la situación de sus defensores<sup>110</sup>. Esta población fue una de las que más sufrió los estragos de la guerra, pues pasó de tener 10.288 cabezas de ganado (en 1830) a 1.344 (en 1841), siendo las más afectadas la cabaña ovina y caprina, que perdieron el 92 % de sus efectivos<sup>111</sup>. Algo parecido sucedió en Montalbán (Teruel), donde las 4.000 cabezas de ganado lanar que había antes de la guerra se redujeron considerablemente<sup>112</sup>, sobre todo por su uso para alimentar a la tropa. Todo esto hizo que en algunas zonas, como Navarra, se produjera una grave crisis económica al acabar la guerra<sup>113</sup>. Esto también ocurrió en el País Vasco, lo que llevó a un aumento de la emigración hacia Cuba y hacia las antiguas colonias americanas<sup>114</sup>.

En cuanto a las manufacturas, se vieron poco afectadas, por situarse sobre todo en ciudades, fuera del alcance de las fuerzas carlistas. De hecho, el sector industrial vasco incluso mejoró su situación tras la guerra, ya que el traslado de las aduanas a la frontera francesa le permitió acceder al mercado español<sup>115</sup>. También el comercio experimentó una mejoría, pues la desaparición de las barreras arancelarias entre el País Vasco y el resto de España permitió que las mercancías coloniales volvieran a acudir a los puertos vascos. Quienes salieron perdiendo fueron los campesinos vascos y navarros, que ya no podían comprar mercancías extranjeras libres de aranceles, con lo que su nivel de vida empeoró<sup>116</sup>.

Mayor impacto económico tuvo la guerra sobre las haciendas municipales. Hay que tener en cuenta que tanto las tropas liberales como las carlistas obligaban a los ayuntamientos a abonarles a ellos las contribuciones, con lo que muchos pueblos acabaron pagando impuestos a los dos bandos. A eso hay que añadir las exigencias de suministros<sup>117</sup> y el hecho de que numerosos ayuntamientos tuvieran que costear los gastos de fortificación de sus localidades. Todo ello dejó a muchos municipios sumamente endeudados. Un ejemplo es el Ayuntamiento de Logroño, que reclamó al gobierno 236.446 reales como gastos de fortificación, que no consiguió recuperar

<sup>107</sup> Madoz, Pascual: *Diccionario...* v. 16, p. 269.

<sup>108</sup> Córdoba, Buenaventura: *Vida militar...* v. 2, p. 234.

<sup>109</sup> *Boletín Oficial de la Provincia de Castellón de la Plana*, 19 de septiembre de 1843.

<sup>110</sup> *Diario Mercantil de Valencia*, 25 y 29 de julio de 1838. Un emigrado del Maestrazgo: *Vida y hechos de los principales cabecillas facciosos de las provincias de Aragón y Valencia desde el pronunciamiento de Morella en 1833 hasta el presente*, Valencia, Oficina de López, 1840, pp. 114-116.

<sup>111</sup> Escrig, Joaquim: *Llucena: una historia...* p. 389.

<sup>112</sup> Madoz, Pascual: *Diccionario...* v. 11, p. 518.

<sup>113</sup> Santos, Francisco: *Miseria...* p. 209.

<sup>114</sup> Lawrence, Mark: *Spain's first...* p. 224.

<sup>115</sup> Pírala, Antonio: *Historia de la guerra...* v. 2, pp. 13 y 14.

<sup>116</sup> Ortzi: *Historia de Euskadi. El nacionalismo vasco y ETA*, Alençon, Ruedo Ibérico, 1975, pp. 90 y 91.

<sup>117</sup> Comín, Francisco: "El sector público y la economía: hacienda, regulación y proteccionismo en la España liberal" en Fernández García, Antonio: *Los fundamentos de la España liberal (1834-1900)*, Madrid, Espasa-Calpe, 1997, p. 443. Del Río, Ramón: *Revolución...* p. 397.

hasta 17 años después de terminada la guerra<sup>118</sup>. Por si esto fuera poco, muchos soldados rebeldes y viudas de carlistas regresaron a sus localidades de origen al poco de acabar los combates, lo que agravó la situación económica de los municipios, que estaban obligados a alimentarlos. Ante esta situación, los ayuntamientos de Peralta y Villafranca (Navarra) solicitaron que fuera la hacienda nacional la que los atendiera, pues su actividad económica era mínima tras la guerra y no podían atender esos gastos extra<sup>119</sup>.

Para poder atender a los cuantiosos gastos que les supuso el conflicto bélico, numerosos ayuntamientos, en las zonas más afectadas por el conflicto, se dedicaron a vender bienes comunales y de propios. Esto benefició a medianos y grandes propietarios<sup>120</sup> y, en algunos sitios, provocó conflictos vecinales. Como ejemplo podemos citar el caso de la Ribera de Navarra, donde la gran cantidad de tierras comunales enajenadas llevó a una serie de luchas de los vecinos para recuperar la propiedad colectiva, que se extendieron hasta la Segunda República. También en Tafalla hubo problemas, pues la venta de terrenos comunales provocó una fuerte tensión social que se agravó a lo largo de la centuria y que acabó estallando a principios del siglo XX<sup>121</sup>.

Con el objetivo de aliviar la situación de los municipios más afectados, las Cortes aprobaron, el 17 de marzo de 1841, una ley que eximía de contribuciones durante varios años a las localidades que tuvieran más de un tercio de sus edificios destruidos por los carlistas. Asimismo, el 26 de agosto se aprobó otra ley por la que los gastos que habían hecho los pueblos para atender al suministro de la tropa se les descontarían de las futuras contribuciones. No obstante, esto no benefició a los municipios navarros, los más afectados por la guerra y que, al depender de una hacienda propia, no pagaban estas contribuciones<sup>122</sup>. Por ello, tras la contienda, la Diputación de Navarra reclamó el pago de los gastos al Ministerio de Hacienda, pero solo consiguió recuperar una pequeña parte, en 1843<sup>123</sup>. Además, ante la necesidad urgente de dinero, muchos pueblos habían malvendido los recibos que les habían dado los militares, con lo que fueron los especuladores los que se llevaron luego la mayor parte del dinero<sup>124</sup>. Todo esto llevó a que se agravara la crisis económica que padecía Navarra, que ya se había visto acentuada por las sucesivas guerras desde 1793<sup>125</sup>.

Por último, hay que mencionar las consecuencias que tuvo la guerra para la hacienda del estado español. Estas debieron ser considerables, puesto que, según un autor de la época, el conflicto costaba 1.460 millones de reales anuales. A esto añadía 3.467 millones más al año, por los ingresos que dejaban de generar los hombres que estaban combatiendo<sup>126</sup>. Pese a ello, durante la contienda la deuda pública no aumentó, sino más bien al contrario, pues de 10.644 millones de reales (en 1834) se pasó a

<sup>118</sup> Ollero de la Torre, José Luis: *La Rioja ante la Primera Guerra Carlista (1833-1839). Incidencias socioeconómicas*, Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, 1994, v. 1, p. 115.

<sup>119</sup> Santos, Francisco: *Miseria...* p. 208.

<sup>120</sup> Comín, Francisco: "El sector público..." p. 443. Ollero de la Torre, José Luis: *La Rioja...* v. 1, p. 268 y v. 2, pp. 602 y 603. Santos, Francisco: *Miseria...* pp. 214, 218 y 219.

<sup>121</sup> Santos, Francisco: *Miseria...* pp. 214 y 219.

<sup>122</sup> Del Río, Ramón: *Revolución liberal...* pp. 391-393, 398, 399, 403, 409 y 410.

<sup>123</sup> Santos, Francisco: "Combates y miseria en Navarra. La guerra carlista que nunca termina (1833-1852)" en *Príncipe de Viana* n° 244, 2008, pp. 415, 418, 423, 425 y 426.

<sup>124</sup> Del Río, Ramón: *Revolución liberal...* p. 404.

<sup>125</sup> Santos, Francisco: "Combates..." p. 427.

<sup>126</sup> "Un español": *Ojeada sobre la guerra...* p.71.

5.691 millones (en 1840). Esto puede parecer increíble, pero tiene su explicación. En primer lugar, por los efectos reductores de las conversiones del conde de Toreno y de Mendizábal, pero sobre todo por la gran cantidad de títulos de deuda amortizados con la desamortización de este último, ya que las tierras de la Iglesia se compraban la mayoría de las veces con deuda pública. Además, durante la guerra no se satisficieron muchos pagos del estado ni tampoco, a partir de 1836, los intereses de la deuda. En realidad, fueron los municipios de las zonas en guerra los que cargaron con la mayor parte del esfuerzo bélico, pagando sus fortificaciones y manteniendo a la tropa. Por eso, cuando el estado empezó a pagar sus cuentas pendientes (a tenedores de deuda y ayuntamientos) el volumen de la deuda se triplicó, pasando a 16.635 millones de reales en 1849. Esto se produjo sobre todo en 1841 (con la consolidación de atrasos) y en 1844 (con el arreglo de Mon). Así pues, hubo que esperar a Bravo Murillo para aclarar la caótica situación de la deuda, provocada en gran parte por la Primera Guerra Carlista<sup>127</sup>.

## 2. Conclusiones

La Primera Guerra Carlista tuvo importantes consecuencias demográficas, pues provocó entre 111.000 y 306.000 muertos y entre 34.000 y 86.000 heridos. Además, se produjeron violaciones de mujeres y el exilio de más de 32.000 carlistas, aunque la gran mayoría regresaron antes de un año. Por otra parte, numerosos pueblos quedaron arrasados, muchas casas de campo fueron destruidas y se talaron bosques y árboles frutales. Asimismo, los ayuntamientos tuvieron que sufragar gran parte de los gastos de la guerra, lo que elevó su endeudamiento y los llevó a privatizar gran parte de las tierras comunales y de propios. Esto a su vez provocó conflictos sociales en algunas localidades, que se prolongaron durante varias décadas. También la hacienda estatal se vio afectada y, pese a las ventas de tierras de la Iglesia, el volumen de la deuda pública pasó de 10.644 (1834) a 16.635 millones de reales (1849).

No obstante, hay que relativizar este impacto económico y social. En primer lugar, porque el conflicto afectó a España de forma muy desigual, puesto que unas zonas se vieron muy perjudicadas, mientras que otras apenas se vieron afectadas. Las más dañadas fueron aquellas en las que más se combatió, como el País Vasco, Navarra, Cataluña, el sur de Aragón, el norte de la Comunidad Valenciana y la provincia de Burgos. Pero incluso en esos territorios no se puede decir que la guerra provocara una destrucción masiva o un desastre demográfico. De hecho, Cataluña llegó a aumentar su población durante los años en que duró el conflicto y los autores que han estudiado el caso de Navarra apenas hablan de daños materiales. Lo que se produjo fue la destrucción de algunas poblaciones concretas que se habían resistido especialmente a los rebeldes o que habían colaborado con el enemigo. Y esos daños fueron reparados rápidamente, pues al cabo de veinte años había desaparecido todo rastro del conflicto. El resto de las poblaciones de las zonas más afectadas por la guerra, aunque debieron pasar penurias por tener que alimentar a tantos combatientes, pudieron pasar la guerra sin apenas destrucciones. Hay que tener en cuenta que se trató de un conflicto de la era preindustrial, en la que las posibilidades de destrucción

<sup>127</sup> Fontana, Josep: *La revolución liberal. Política y hacienda 1833-1845*, Madrid, Instituto de Estudios Fiscales, 2001, pp. 133 y 134. Comín, Francisco: "El sector público..." pp. 429-431.

eran limitadas, al utilizarse poca artillería, no haber apenas infraestructuras que se pudieran dañar y no existir todavía la aviación. Por otra parte, murieron sobre todo militares y milicianos y la población civil, aunque pudo pasar hambre, perder propiedades y experimentar abusos, no pereció en grandes cantidades, como sí que sucedió en la mayoría de las guerras del siglo XX. Pocas poblaciones fueron destruidas y las ejecuciones de civiles fueron bastante limitadas.

En las otras zonas de España la guerra pasó más desapercibida y, aunque pudieron recibir la visita de alguna expedición carlista, el impacto de la contienda se limitó a la muerte o heridas de algunos mozos que habían sido llamados a filas en el ejército constitucional. La población civil apenas sufrió por la llegada esporádica de tropas de uno y otro bando y al acabar la guerra la mayor parte del país continuó su vida cotidiana, como si nada hubiera pasado. Esto explica que el impacto social y económico de la Primera Guerra Carlista haya sido tan poco estudiado, pues se notó muy poco en la mayor parte del país. Incluso en las zonas más afectadas por el conflicto, únicamente fue importante en localidades concretas. La población española continuó creciendo pese a la guerra, la industria catalana apenas se vio afectada y la deuda del estado, aunque aumentó, no se puede decir que llegara a dispararse.

Sin embargo, pese al reducido impacto social y económico de la guerra en el conjunto de España, creo que merecería la pena profundizar en este tipo de estudios, pues nos pueden ayudar a entender mejor las ansias de paz de las zonas más afectadas por la guerra, que durante mucho tiempo se negaron (salvo en Cataluña) a respaldar nuevas revueltas carlistas. Asimismo, el estudio del impacto socioeconómico de las guerras civiles del siglo XIX nos permitiría compararlas con la Guerra Civil del siglo XX y darnos cuenta de los grandes cambios que supuso esta respecto a los conflictos anteriores. Para ello haría falta que se estudiara más a fondo el impacto de la guerra civil del Trienio, de la revuelta de los matiners y de las dos guerras carlistas. Sobre estos aspectos hay información dispersa en algunos trabajos, pero insuficiente para tener una visión global. Cuando ese estudio comparativo se realice de forma exhaustiva entenderemos mucho mejor la evolución del carlismo y del comportamiento humano en las diferentes contiendas, así como el diferente impacto que provocaban las guerras a medida que avanzaba la tecnología militar.